



LIEBRE POR GATO

Vivía en la calle de Vercingetorix, en una de esas casas del viejo y adorable París, que conservan todavía en el sótano de la respetada conserje su llavero con departamentos pequeños donde cada cliente por las noches toma su bufé, para comenzar después el pesado ascenso a las buhardillas paupérrimas.

Estaba solo, con mi hambre, mi pereza y... mi talento, ¡qué demonio! ¡por qué no he de confesarlo paladinamente, cuando ni protestas ni envidias ha de provocar mi genio ignorado! La modelo que utilizará me abandonó dándome un prolongado beso de admiración y de piedad al decirme la despedida: "Au revoir, mon trésor, quan tu avra le sou, je reviendrai!" (Hasta la vista, tesoro mío; cuando tengas dinero volveré).

Los colores caros, el cadmiun, la laca de garanza, el verde esmeralda, estaban íntegros en las telas que me vi obligado a empeñar en la Rotonde por unas tazas de café! Mi pincel sólo podía trabajar ocre, tierra de ciana y mi último cuadro decididamente "cubista", requería lapislázuli, ja trescientos francos el tubo! ¡un imposible!

Esa mañana desperté muy temprano, con una necesidad de comer terrible. Resolví soñar, durmiendo todo el día. A las siete de la noche no pude resistir más: necesitaba tomar algo, aunque fuese aire. Me desperezé, abrí desmesuradamente los ojos, crispé las manos y me di cuenta de que ni los cobertores ni las mantas que siempre me fueron fieles estaban conmigo. Mi lecho era una "énergica" tabla con periódicos cosidos unos a otros, que hacían del cojín. Mi abrigo lo formaban "Le Matin", "Le Journal", "La Libre Parole", "L'Humanité", "L'Home Enchante", "Le Petit Journal" y algunos números de "Le Temps", "Figaro" y

"Excelsior"; pocos, por ser los más caros; si, señor, la prensa unida, irónica y misericordiosamente unida para amparar a un pobre, si no de la miseria sí del frío...

Me vestí con una lentitud verdaderamente filosófica, arreglé mi natural desarreglo cuanto más pude, y salí. ¡Triste! dirán los pesimistas; no, señor, con una intima felicidad, pensando en la próxima comida y con un desdén olímpico por la humanidad, mi espíritu optimista de siempre y mi amor a la belleza como triunfal recurso.

Llegado al portalón, las manos en los bolsillos del raído saco o el sombrero de alas anchas embutido hasta las cejas y con un gesto de indiferente inactividad me miré a los sucios pies, preguntándome: ¡Quién podrá mantenerme hoy...! ¡Mis elucubraciones no dieron luz en el asunto! Los camaradas estarían en idénticas condiciones que yo. Un comerciante en cuadros de la calle de La Boétie, mi cliente cada "Corpus y San Juan", vivía al otro lado del mundo, y era además noche para encontrarle. Me fui directamente al café "Cuyas", centro de espíritus dilectos, donde desfilaban los artistas más pobres y más inteligentes de París, como yo, más o menos.

Había acertado: mi compañero Roche estaba allí, y tomaba café! Al saludarlo llamé incontinenti: ¡Un café, patrón! Roche escrutó mi semblante.

—¡Tienes dinero! —me dijo.

No tuvo respuesta.

Bebí aquél néctar de los dioses con fruición de enajenado. Después contesté:

—No tengo un sueldo.

—Mais tu a un culot, mon vieux...

No le hice aprecio, abandonado al calorillo voluptuoso que experimentaba en aquellos instantes de plácidez.

A poco fueron llegando los demás intelectuales. El cenáculo se hizo. Las horas y los fracasos de los ausentes llenaron el menú de la noche hasta las tres de la mañana; a esta hora nos cerraron el establecimiento y partimos. No sé al fin quién pagaría el café. Roche, no; yo... creo que tampoco.

París estaba en tinieblas, y sus calles del "quartier" solitarias. De la marcha de transeúntes lejanos se escuchaba el eco... De algún taxi que pasara raudo por la plaza Pelletier, se percibían apenas los corneteos como balidos de oveja perdida en un monte.

¡Qué ajeno estaba mi pobre estómago del porvenir brillante que le aguardaba a la vuelta de una esquiná!

Al cruzar frente a la calle del "Abate de la Espada", rumbo a mi casa, distinguí una silueta larga y esquelética, envuelta en una capa española. No sé qué misterio adviné escondido en aquel fantasma que parecía deslizarse para no hacer ruido. Detuve curiosamente el paso para ver mejor; el hombre se acercó escondiendo frente y ojos bajo el chambingo y la boca entre los pliegues de la española capa. Yo, por el contrario, di mi cara faz a faz. El tipo aquél misterioso, al soslayo pudo verme y detuvo el paso llamándome por mi nombre, pero no con franqueza, sino solapadamente, con sigilo y miedo. La soledad, el silencio, la negrura de la calle, el tono ronco de aquella voz, el abracadábrico andar del personaje, y sobre todo, la capa larga, me interesaron sobremanera.

—Ven —me dijo.

—¡Pero a dónde?

—Ven —repitió con imperio.

—¡Pero qué haces, quéquieres, por qué vas envuelto así?

—Mira —me respondió, y diciendo abrió la ancha capa y me enseñó un animal. Era un gato! Un gato muerto; y en seguida me dijo: —¡Tú, qué haces!

—Yo —Morirme de hambre!

